



Núm. 9.º

30 de Enero de 1861.

Año I.

DEBERES RELIGIOSOS Y SOCIALES

AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

III.

RELIGION.

RONSECUENCIA natural de las reflexiones que acabo de hacerte, es la manifestacion de lo necesaria é indispensable que es la Religion al hombre. Debo sin embargo advertirte, que confundién-dose en el nombre de Religion tanto el sentimiento de las relaciones íntimas del hombre con Dios, en la práctica de la virtud, como la manifestacion de los actos religiosos que constituye lo que propiamente se llama culto, cuanto te indique en el presente tratado se refiere á la Religion que debes observar.

Quizá impropriamente, se ha dado el nombre de Religion á todas aquellas grandes sociedades, que se han unido para tributar á Dios de este ú otro modo las prácticas del culto, lle-

gando hasta á titularse del mismo modo las de aquellos que elegian por objeto de su adoracion, seres imaginarios, ridículos unas veces y otras indignos de ser confundidos y equiparados con la idea de la Divinidad. Yo creo hijo mio, y espero que tu harás lo propio, que tratándose de Religion, debia entenderse únicamente la perfecta por escelencia; aquella en que han nacido tus padres y tus abuelos; que ofrece un consuelo para cada afliccion, que tiene un bálsamo para todas las heridas del alma; que lo mismo alcanza al rico que al pobre; que está basada en una palabra, en esta sencilla y piadosa máxima «*Amaos unos á otros.*»

Limitándome al presente á llamar tu atencion sobre este que á primera vista parece fenómeno, debo decirte. ¿Nada te revelan esta conformidad y esta constancia de los hombres en tributar á su modo un culto á Dios? Nada dicen, nada significan, la ceguedad del gentil por ejemplo, buscando una manifestacion de la Divinidad, en cada objeto real ó imaginario,

que su fantasía creaba con dotes de Dios? Si hijo mio: revelan que la religion es innata en el hombre: que este ha nacido para adorar á su Creador; y que ora le conozca perfectamente, ora tenga sobre él ideas erróneas, siente en su alma la necesidad de reverenciarle y bendecirle, siquiera sea de un modo repugnante á su bondad. Y digo repugnante, porque tu sabes que algunos pueblos gentiles, ofrecian á su Dios sacrificios de víctimas humanas, y ya ves que nada hay mas contrario á la mansedumbre de Aquel que padeció en la cruz para redimirnos y borrar la mancha de nuestros pecados.

Ya pues que el sentimiento de religion es innato en el hombre, y que este siente en su alma la necesidad de reconocer á un Dios, tu religion debe ser hijo mio, aquella que mas se conforma con las prescripciones del Criador, aquella que nos permite verlo tal cual es; que nos hace temerle y respetarle para amarle cual se merece; tu religion en fin debe ser la Cristiana, llena de dulzura, de amor, de sacrificios y de abnegacion, rica en prometimientos, llena de esperanzas, y ofreciendo como te he manifestado, fuerza y consuelo para resistir los quebrantos, bálsamos y resignacion para las heridas del alma. Y si encunto á ti mismo te proporciona la religion del Crucificado, tales medios con que alcanzar altos fines, ¡cuanto mas no debes hacerla propia, si consideras los bienes que ha proporcionado á la humanidad, á tus prójimos, á tus semejantes, en beneficio de los cuales, si es necesario, debes hasta sacrificarte! Ella ha dicho al esclavo «eres libre», y al señor «tu siervo es tu hermano, debes amarle:» y al señor «tu siervo es tu hermano, debes amarle:» ella ha dicho á la humanidad entera; «ante el Tribunal de Dios, todos sois iguales, temed y confiad:» ella en fin es la que mas directa y poderosamente ha contribuido al perfeccionamiento y civilizacion de la humanidad, á que los hombres comprendiendo cuyos son sus derechos y sus deberes, no traspasen los limites de sus atribuciones; á que se hayan convencido de que para ser felices, deben seguir constantemente los preceptos establecidos por Dios.

Llegará quizás un dia, hijo de mi corazon, en que confundido en el proceloso mar del mundo, lleguen á tus oidos palabras y proposiciones que te hagan vacilar por un momento, en la fé y la creencia de la verdad de nuestra sacrosanta religion. Si llega á sonar en torno tuyo tan desapacible rumor, recuerda que en la antigüedad habian existido grandes imperios, poderosas naciones que habiendo llegado á dominar el mundo todo, parecia imposible que nada pudiera estremecerlas, y que bastó la palabra del hijo de Dios, por él pronunciada y repetida con la ruda y sublime elocuencia de los apóstoles, para destruir tanto poderío, y borrar hasta de la faz de la tierra tan extraordinario y deslumbrante esplendor: Recuerda que en los primeros siglos de su existencia, llevaba al circo millares de bienaventurados, que al espirar entre la descompasada gritería de la inmunda plebe y los rugidos espantosos de las fieras, radiantes de la alegria y llenos de fé y entusiasmo, exclamaban «soy cristiano; creo en Dios.» Recuerda que posteriormente, y empuñando los Pontífices el estandarte de la fé, ha llevado á sus secuaces á combatir al otro lado de los mares, á los que profanaban con su vista la tumba del Cristo, en tanto que con la influencia de aquellos mas que todas poderosa, dirimia las contiendas entre reyes suscitadas; emancipaba paulatinamente al siervo del poder del tiránico Señor, consignándole derechos, otorgándole concesiones y convirtiéndole de cosa que era en hombre, y reducia los derechos del Soberano, para aumentar los de los súbditos. Que atacada mas tarde la religion de Cristo en su cabeza visible, ha salido mas brillante y pura de los ataques y asechanzas que se le han tendido, en tanto que sus detractores los protestantes yacen confundidos en el mas espantoso desorden. Recuerda por último, que amando á tu prójimo, debes desear y amar á todo cuanto pueda hacerle feliz; que esto con nada puede alcanzarse como con la religion cristiana, y entonces robustecido en tu fé y firme en tus creencias y convicciones, esclamarías. «Semejantes argumentos son especiosos, música agradable

que cautiva los sentidos ; pero nada dice al corazon, principios inconcluyentes que atacan mi querida religion ; mas que nunca podran destruirla porque *está edificada sobre piedra* y la persecucion de los malos y los errores de los hereges , *no podrán prevalecer contra ella.*

Convencido de las escelencias de la religion que debes seguir, huye del fanatismo y de la preocupacion, porque aquel te arrastraria á cometer escesos, defendiendo con tenacidad, furor é intolerancia, las máximas del Evangelio, exagerándolas tal vez soguzgado por la pasion, y esta haciéndote admitir sin exámen todo lo que tuviera apariencia de verdad, quizás contribuyera á que practicaras ridiculas y absurdas ceremonias, convencido de que te hacias justo y virtuoso á los ojos de Dios.

Guárdate tambien de caer en la flaqueza de aparentar desdén é indiferencia hácia la religion: observándola continuamente, y practicándola sin hipocresía, llegarás á saborear toda la dulzura que ofrece la observancia de los preceptos divinos, compadeciendo y procurando volver al buen camino, á aquellos que por creer indigno de las inteligencias privilegiadas, y patrimonio exclusivo del vulgo, el ejercicio de la religion viven alejados de las prácticas evangélicas, á pesar de guardar en su corazon las semillas que indudablemente como yo en el tuyo sembraron sus padres, al prepararlos para que emprendieran libres de temores el peligroso viage de la vida. Mas si á pesar de mis consejos y exhortaciones, llegára á poder mas en tu ánimo el temor de que te juzguen preocupado y pusilánime, haz un esfuerzo poderoso para triunfar de tí mismo, y considera que asi como te enorgullecerian los triunfos alcanzados en el mundo con tu ciencia, ó con las dotes especiales que la Providencia puede concederte, mas orgullo debes tener con poderte considerar constante campeón del que, naciendo en un establo, y espirando en el Gólgota entre dos facinerosos, nos dió constante ejemplo de mansedumbre y humildad.

C. Vidal y de VALENCIANO.

LA ABUELITA, Ó CUENTOS DE LA ALDEA.

Arturo.

(CONCLUSION.)

Serian apenas las siete de la siguiente noche, cuando los hijos de D. Rafael, rodearon á su abuelita rogándola continuase la interrumpida historia. Deseosa la venerable anciana de inculcar en el tierno ánimo de sus nietos ideas saludables, prosiguió de este modo, despues de haber colocado á cada uno en su sitio:

El orgulloso Arturo se sonrió desdeñosamente al ver al pobre Bartolo, que con la satisfaccion en el alma cruzó á su lado, dirijiéndole una mirada, con la cual queria decir. «¿Ves como no faltan corazones compasivos? No he necesitado de tu coche-para llegar á recoger el último beso de mi madre.»

Pasó este acontecimiento, y ni Arturo ni Bartolo volvieron á verse en mucho tiempo, aquel ocupado en sus aristocráticas reuniones, y este cuidando sus corderillos, y saboreando la paz del alma y la envidiable tranquilidad del que tiene limpia su conciencia.

Llegó una época, en que un temporal de lluvias continuo y sostenido hizo que los rios se desbordasen, y particularmente el Tajo cuyo caudal de aguas es inmenso; tanto que arrancó los puentes, arrebatando sus ondas las barcas que servian para cruzarle en los diferentes pueblecillos de estas cercanías.

El padre de Arturo como sabeis, tenia su quinta al otro lado del rio, en la cual habitaba su esposa. El estaba en Madrid con su hijo, y su posicion debia ser muy critica, porque á consecuencia de motines ocurridos en la corte, habianle delatado como conspirador, y juzgándole un consejo de guerra estaba próximo á ser pasado por las armas.

Arturo en aquellos aflictivos momentos supo, que en su posesion del Palancar, guardaba su padre unos papeles, con los cuales probaria su inocencia y salvaria su vida: sin hacer caso del mal tiempo, y no teniendo por otra parte momento que perder, se puso en

camino inmediatamente seguido de su ayo. Llegaron á la aldea, buscan la barca para cruzar el rio; pero ¡Oh desgracia! habia sido arrebatada por la furiosa y embravecida corriente.

—¡No hay paso! gritaron los pastores.

—¡Oh! Dios mio ¡Dios mio! ¡y mi padre morirá mañana sin que yo le pueda salvar, cuando las pruebas de su inocencia, estan á cien pasos de aqui!

—Pero entre esos cien pasos hay un mar de agua, y es preciso que una persona esponga su vida por salvar la de vuestro padre, dijo el ayo, contemplando aterrorizado los valles que habia cubierto el rio, llegando á inundar las primeras casas de la Aldea.

—¡Si yo supiera nadar! exclamó el jóven con desesperacion. Luego dirigiéndose á una porcion de jornaleros y pastores, que se habia agrupado en torno suyo les dijo.



Arturo salvado por Bartolo.

—¿Quién de vosotros se atreve á cruzar el rio?

El silencio sucedió á estas palabras y ninguno se determinó á calmar la angustia del orgulloso Arturo, que siempre los habia despreciado y entonces reclamaba su auxilio.

—¿No hay ninguno?; volvió á gritar; yo le daré oro cuanto quiera para que viva en la abundancia.

—Señorito, se atrevió á decir uno de ellos, si perdemos la vida no podrá el oro devolvérnosla.

—¡Oh, y mi padre morirá sin remedio! exclamó Arturo llorando de desesperacion.

Entre tanto el tajo seguía creciendo y sus

aguas inundaban las dehesas y los sembrados; cada vez se hacia mas imposible el paso. No pudiendo el jóven resistir su angustiosa situacion, prorumpió en sentidas y amargas quejas. Empero ni sus ofertas ni sus lamentaciones decidieron á los aldeanos, que por todo el oro del mundo no se hubieran espuesto á perecer entre las furiosas ondas del rio.

Viendo Arturo la inutilidad de sus esfuerzos, quiso apelar al último recurso, conmoviendo su corazon y les dijo:

—¡Amigos míos! ¡por compasion! por lo que mas ameís en el mundo, salvad la vida de mi padre, y vuestra es toda mi fortuna.

—Ahora nos llama amigos, y siempre nos ha despreciado el orgulloso, dijo uno de ellos.

—Si; pues aunque nos llamára hermanos; lo que es yo por mi no paso.

—Ni yo.

—Ni ninguno, dijeron otros.

Quiso la buena suerte de Arturo, que en aquel momento acertase á pasar por allí, Bartolo; verle el atribulado jóven y dirigirse á él fué obra de un instante.

—¡Ah! ¡por favor! exclamó juntando las manos en ademán de súplica; si tienes un padre, querido; yo te ruego por su amor que salves la vida del mio!

—Padre no tengo, dijo Bartolo; pero si una madre á la cual quiero con toda mi alma, y que por cierto no hace mucho tiempo tuve á las puertas de la muerte y V. me negó el consuelo de llevarme en su coche, á recibir su último abrazo.

—¿Eres tu el que se habia dislocado un pie? interrogó el ayo, mirándolo con desaliento.

—Si señor, y aunque VV. no atendieron á mi súplica, no faltó un hombre generoso y compasivo, que me llevase en su caballo, y además de tan insigne favor, salvase la vida de mi madre con sus socorros.

—¡Y ahora te vengarás, de aquel rapto de orgullo! exclamó Arturo sollozando; ¡Oh! bien caro le voy á pagar; ¡padre de mi alma! mañana morirás, y yo no puedo salvarte.

—Vamos, señorito, dijo Bartolo enternecido, ¿qué es preciso hacer para salvar su vida?

—Atravesar el rio á nado, y recoger de nuestra quinta unos papeles que justifican su inocencia.

—¡Pues manos á la obra! exclamó Bartolo en un arranque repentino despojándose de la chaqueta y los zapatos.

—¡Vas á cruzar!

—Si señor; por el amor de mi madre, y en memoria del noble bienhechor que salvó su vida.

—¡Bendito sea tu corazón! murmuró Arturo loco de alegría y estrechando la cabeza del pastor contra su pecho.

Una hora despues los documentos salvadores

estaban en su poder, y en la efusion de su reconocimiento ofreció á Bartolo una suma inmensa.

—Guárdela V. señor, le contesto el infeliz, yo me contento con haber hecho una buena accion.

—Es que yo se la ofrezco á tu madre.

—En ese caso la admito; para que la pobrecita concluya sus dias con comodidad.

—Tienes un corazón muy generoso, continuo Arturo y yo bendigo este momento de prueba, en que he aprendido á conocer, que toda criatura por humilde que sea su condicion puede sernos útil en alguna cosa.

Doña Tomasa calló al llegar aquí, y todos los niños que habian guardado hasta entonces el mas austero silencio esclamaron;

—¿Se ha concluido?

—Si hijos míos, nada mas tengo que añadir; el padre de Arturo se salvó, y Bartolo gracias á su buen corazón vive hoy muy independiente con ganado, y labranza propios.

—Y bien lo mereció; dijo Federico; esponer su vida de aquella manera, fué atrevimiento.

—¿No lo hubieras hecho tu? dijo Cesar.

—¡Qué se yó! en igualdad de circunstancias puede ser que si, porque al fin Arturo estaba arrepentido de su orgullo y conoció que tambien los pobres tienen su valor en determinadas ocasiones.

—Se tienen siempre, hijo mio, contestó Doña Tomasa, cada cual vale en su esfera y ocupa en la tierra el sitio que le ha designado el criador.

—Las nueve acaban de dar; exclamó Doña Carmen; recordando á los niños su costumbre.

—Entonces buenas noches, abuelita, dijeron todos, besando respetuosamente su mano.

—¿Nos contará V. otro mañana? preguntó la mayor de las niñas.

—Si, querida mia, ya tengo preparado uno que llevará por título la *Modestia* y la *Vanidad*.

—Bien, bien; gritaron los ocho niños alborozados, y batiendo palmas con inusitada alegría.

Faustina SAEZ de MELGAR.

EL NIÑO Y EL PERRO.

(CONTINUACION.)

III.

Se fué á un barrio apartado, donde habia una casa, desmantelada, súaia, sombría, tenebrosa; pero en donde eran admitidos por un módico precio los mendigos de la poblacion á dormir, como un enjambre de abispas, que acude á los oscuros agujeros de su guarida.

Nada puede darse mas repugnante que esas casas, llamadas de *Socorro de la noche*, en muchos puntos donde las hay y que mas bien son cloacas de vicio y maldad; pues si es verdad que existen infelices pordioseros, para no morir de frio por las calles, en cambio hay criminales que van á ellas, á robar á los mismos necesitados, los míseros socorros que han de proporcionarle el alimento del día siguiente; por eso los ya amaestrados en concurrir á esas garitas, guardan con mucho esmero sus pocas monedas, para librarlas de esos inmundos seres, que roban á la necesidad misma.

Federico buscó asilo allí, y fué recibido en un salon, donde no se distinguia de que habia sido el suelo en su tiempo. Las paredes estaban almenadas, llenas de telarañas y polvo, y las robustas vigas de sus techos, perdidas en la oscuridad de un solo farolillo que les prestaba una media tinta tenebrosa, dando un aspecto de calabozo á aquella habitacion, que se oprimia el alma al penetrar en ella.

Acá y allá se veian bultos que roncaban ó maldecian, mientras otros rezaban y pedian á Dios misericordia por lo bajo, para aquellos que no llevan con santa conformidad el tránsito miserable de este mundo.

Cuando nuestro pobre niño entró, con su perro acuestas, llevó un saludo de silvidos y de ¡fuera ese perro, fuera! ¡fuera! pero él sin responder una palabra se fué á un rincon y colocándose lo mejor que pudo con su nuevo amigo, no tardó en dormirse, cansado de aquel día de horrible prueba.

A poco llegaron dos hombres de malas trazas, y se colocaron á poca distancia de él.

Uno de ellos al reparar era un niño el que allí dormia, dijo á su compañero.—Estos pilluelos de muchachos son los que recogen mas. Apuesto á que ese tunantuelo, tiene algunas monedas en su harapiiento vestido.—Ya lo creo, contestó el otro.—Este será algun fosforero como aquel á quien quitamos tres francos sin que lo sintiese.—Manos á la obra ¡eh!—Pero calla, no puede ser! El perro nos sentiria.—Se le ahoga.—No estan fácil.—Duerme también.—Cada uno enviste á uno.—Encárgate tu del perro.—Yo no; tengo esta mano aun resentida, desde que tuve que arrojarme desde aquella tapia...

—Yo ataco al chicuelo, á quien no pienso hacer mal, como no despierte y se resista.—Tú te lanzas al can; porque estos para que callen hay que estrangularlos.—Ese tendrá poca vida. *Perro de pobre, es preciso que el hambre le sobre.*

Los dos se fueron acercando sigilosamente, cada uno por un lado del inocente grupo; pero el perro, que vé mas durmiendo, que el hombre despierto, levantó la cabeza y al ver aquellas dos figuras sospechosas, empezó á ladrar con tal fuerza, como si nunca hubiese tenido desmayo, ni cansancio.

Federico abrió los ojos y dió un grito de espanto. Se acordó que era rico y empezó á temblar y á llamar en su auxilio. Todos dormian, porque nadie respondió.

Viendo que podian impunemente despojar al niño de lo poco que llevase encima, fueron á acometerle; pero entonces el perro se lanzó á ellos con tal furor, como si tuviese hidrofobia. La mano de uno que se habia atrevido á sujetar á Federico, fué atenazada con fuerza por el animal, y así pudo escapar este y hechar á correr por aquel sombrío salon.

Un anciano que dormia cerca de la puerta se despertó al ruido, y viendo aquel pobre niño huir lo detuvo diciendo.

—¿Adónde vas criatura?—A salvarme.—¿Quién te persigue?—Aquellos.—Y señaló al otro extremo, viendo entonces que su leal perro, venia hacia el, saliendo de la refriega mejor que antes de entrar en ella; pues entonces

no podia andar y ahora , obligado por la persecucion de aquellos hombres , habia hechado á correr , aunque con extremo trabajo.

—¿Con qué te persiguen , pobre criatura , aquellos dos perillanes? Ya los conozco. No te separes de mi , que donde esté el viejo Branchat , seguro está que lleguen esos bandidos. Duerme descuidado , niño infeliz. La esperiencia escudará tu sueño.

Federico procuró dormir ; pero en vano. Estrechó á su querido perro contra el pecho y pasó lo restante de la noche violento en extremo , pues el pobre animal estaba fatigoso y se quejaba con frecuencia.

Cuando empezaron los primeros albores del dia , fueron desfilando de aquella habitacion las aves nocturnas y entre ellos los dos malhechores , que habian causado tal susto á Federico.

Cuando salieron de la puerta , el mendigo Branchat le dijo.—Ya puedes irte , desgraciado , á buscar el pan del dia , que yo tambien voy á lanzarme á esas calles á hastiar á los ricos y á enternecer á los que no tienen que darme.

Mal oficio has emprendido , pobre muchacho: si tienes corazon sufrirás mucho ; si no le tienes , comerás el pan , aunque te lo arrojen al rostro con desprecio , sin darte cuidado ni pena.

En fin , siempre que tengas que venir á dormir á este sitio , búscame. Aunque estoy casi impedido por los trabajos y la edad , sé hacer que me respeten. Dos cosas hay ante la cual tiemblan los hombres. Una fuerza brutal que sobrepuje á la suya , ó los años , unidos á la energía y la honradez. El viejo Branchat es pobre ; pero es honrado y sostenido , y estoy seguro que por nada del mundo , quisiera habérselas conmigo ningun bribon.

Aunque tengas hambre , hijo mio , no robes nunca , ni hagas mal , que el que lleva un delito encima , aleja la caridad de su lado.

Por muy pobre que sea un hombre , siempre tiene medios de hacer bien , y cada buena obra es una bendicion de la Providencia.

Cuando te creas muy infeliz y la desespera-

cion te acompañe , busca con cuidado y hallarás siempre que hay seres que son mas pobres y sufren mas que tú.

Para elevar la vista , no la fijes nunca en la riqueza , si no en el cielo.

Si puedes elevarte , hazlo ; pero muere de hambre antes que sea por medios bastardos.

La pobreza puede traernos sin sentir al crimen : huye de él como de una vívora , y no solo no lo practiques , si no jamás permitas , que el hombre que manchó sus manos de sangre , beba en tu vaso , ni toque tu hombro.

Adios , hijo mio : búscame cuando quieras : el mendigo Branchat se encuentra á todas horas y en todas partes.

IV.

Federico corrió aquel dia como todos , acordándose sin cesar de la bella jóven que le dió una limosna tan generosa y del anciano que le habia aconsejado la noche anterior.

Ya no iba solo nuestro pobre niño : siempre le seguia su perro : era su buen amigo , su defensor , su compañía.

El noble animal , comprendia el sacrificio de su jóven amo para sustentarle , y le pagaba con infinitas caricias y con un cariño extremo.

Apenas veia que algun hombre de mala catadura se detenia junto al niño , enseñaba los dientes con furor y hubiera devorado de seguro , al que le hiciera mal.

No se separaban un momento y mas de una persona habia ya reparado lo interesante de aquel cuadro , no solo por la lealtad que se notaba en el perro , si no por lo bello y humilde del niño que lo llevaba.

La caritativa Luisa , habia referido á sus amigas la abnegacion de aquel infeliz , y la insistencia con que habia salvado al animal de la muerte. Así es que mas de una señorita ; se detenia á darle limosna , interesada en su historia.

Transcurrió cerca de un año así , y un dia que Federico se hallaba á la puerta de un templo , acariciando su perro , acertó á pasar por allí un jóven caballero , Español por mas señas ,

lleno de nobleza y arrogancia, con ese andar airoso y el rostro franco y marcial, que solo poseen los hijos de la hermosa España.

—¡Aprisa! ¡aprisa! le decia á un mozo que llevaba un saco de noche, una sombrerera y demas atavíos de camino. Ya estarán impacientes con mi tardanza, y aligeró el paso tan precipitadamente, que tropezó en un perro que se había lanzado á él.

El caballero quiso seguir; pero el animal se lanzó á su cuello: volvió á caer al suelo, y á lanzarse otras tantas veces sobre él. Nuestro viagero dió un grito de asombro diciendo.— ¡Sultan! ¡es posible! ¡Eres tú sultan! y sus ojos se llenaron de lágrimas, haciendo estremos, como si hubiese encontrado el objeto mas querido de su corazon.

—¿Dónde has estado, pobre sultan? ¿dónde has estado? No he podido olvidarte desde que te perdí. ¡Ven conmigo, ven! ha sido dicha encontrarte despues de tanto tiempo. ¡Vamos! ¡vamos, sultan! ¡que me haces daño! ¡no mas caricias! sígueme. Vamos, no llores de alegría ni tiembles: ya sé que me quieres. Sígueme.

El animal temblaba, abria los ojos, daba vueltas, y saltos y carreras. Se paraba enfrente de su amo, saltaba á sus rodillas, lamía sus manos, queria besar sus pies, daba ahullidos, queria hablar, arañaba las piedras. Era una verdadera locura y lloraba, lloraba de gozo, caian sus lágrimas, como pudiera verterlas un padre cariñoso, que hallase á su hijo despues de una larga ausencia; pero de repente dió una carrera al pórtico de la Iglesia, donde estaba Federico absorto contemplando aquella escena: cogió sus vestidos con los dientes y tiró de él con fuerza, para llevarle donde estaba su antiguo amo. El niño se dejó conducir maquinalmente, y cuando el inteligente animal los vió á los dos reunidos partió sus caricias entre ambos.

El impaciente viagero le intimó á que le siguiese y entonces Federico empezó á llorar con desconsuelo.

¡Qué significa esto! preguntó el jóven Español, en bien correcto francés.— Federico no tuvo otra respuesta que estrechar el perro contra su corazon diciendo:

—¡Es mio! ¡es mio! ¡Yo dí parte de un franco por él! ¡es mio! Yo lo arranque á los muchachos que lo ahogaban: yo le he mantenido, partiendo las limosnas que me daban con él. Si me lo quitais, señor, moriré de pena.

—Y se arrastraba de rodillas y juntaba las manos en actitud suplicante, y las lágrimas inundaban su rostro.

—Este muchacho dice verdad, dijo enterrecido el caballero. Ese dolor no se finje. Pobre niño, mira: yo te pagaré cuanto hayas hecho por el perro, pide lo que quieras. El perro es mio, ya lo ves; pero es justo que para llevármele te recompense tu generosidad.

—Yo no quiero dinero, señor. ¿Lo tomariais vos por vender á un amigo? Guardad, guardad vuestro oro y dejadme por caridad, el único compañero que tengo en el mundo.

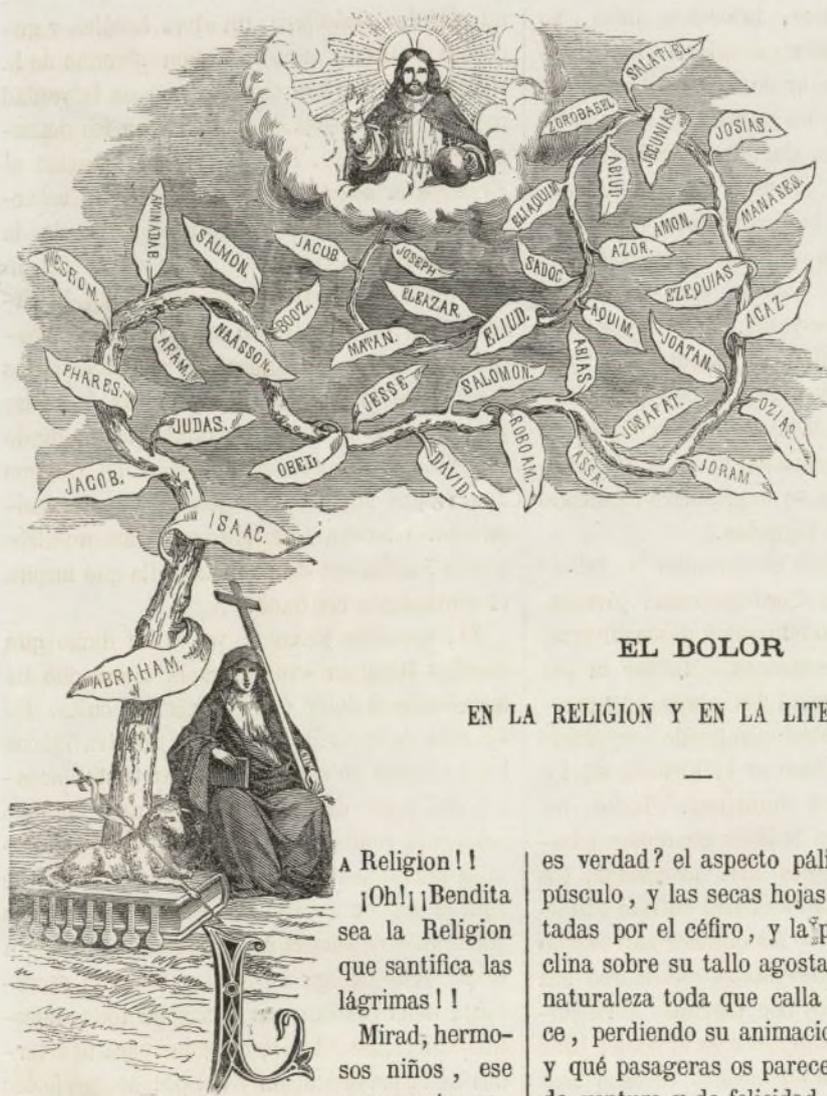
—Mira, desgraciado: estos momentos que pierdo, valen mucho para mi y no puedo detenerme. Sígueme.

(La conclusion en el número inmediato.)

Rogelia LEON.

L'AVARICE PUNIE.

Trois hommes voyageaient ensemble; chemin faisant, ils trouvèrent un trésor; ils étaient bien contents. Ils continuèrent de marcher, mais la faim les prit, et l'un dit: «Il faudrait avoir á manger; qui est-ce qui en ira chercher?— C'est moi,» répondit un second. Il part, il achète des mets; mais en les achetant, il pensait que s'il les empoisonnait, ses compagnons de voyage en mourraient, et que le trésor lui resterait, et il empoisonna les mets. Pendant les deux autres avaient médité, pendant son absence, de le tuer et de partager entre eux le trésor. Il arriva, ils le tuèrent; ils mangèrent des mets qu'il avait apportés; ils moururent, et le trésor n'appartint à personne.



EL DOLOR

EN LA RELIGION Y EN LA LITERATURA.

A Religion!!
¡Oh!! Bendita sea la Religion que santifica las lágrimas!!

Mirad, hermosos niños, ese momento angustiosísimo en que la madre se siente despedazado el corazón al ver apagarse la vida del hijo de sus entrañas, ese instante en que quiere entregarle entera su existencia en un beso frenético, apasionado, lleno de desesperacion y de amargura ha recibido en nuestra Religion sacrosanta una augusta apoteosis. La *Madre del dolor* es la *Madre misma de Dios*.

Cuando vosotros, queridos del alma, en una hermosa tarde de otoño habeis pasado horas dichosas en vuestros inocentes juegos, ¿no sentis, hijos míos, estrecharse vuestro corazón al mirar á lo lejos en el horizonte la postrera y lánguida luz del astro del día? Os aflige ¿no

es verdad? el aspecto pálido y triste del crepúsculo, y las secas hojas que se ciernen agitadas por el céfiro, y la pobre flor que se inclina sobre su tallo agostada y moribunda y la naturaleza toda que calla y reposa y desfallece, perdiendo su animacion y su alegría. ¡Oh, y qué pasajeras os parecen entonces las horas de ventura y de felicidad que acabais de disfrutar!—Vuestros tiernos corazones se desahogan entonces con un espresivo suspiro... Cuando avanceis algo mas en el áspero sendero de la existencia, cuando mas punzantes espinas taladren vuestra planta, traereis á vuestros lábios esta lánguida queja de nuestro bueno Jorge Manrique:

¡Cuán presto se va el placer!
Cómo despues de acordado
¡Dá dolor!
Como á nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
¡Fué mejor!

Pero... perdonadme, inocentes niños, yo no sé hablar á vuestra candidez... Iba derecho, derecho, á tratar de la versatilidad de las cosas humanas y no es eso á fé mia lo que me propongo deciros. Cuando tengais tristeza en vuestro corazon el mejor bálsamo, para calmarla, es aliviar la desgracia. ¿No habeis leído dias pasados en las amables hojas de este Album la interesante conseja, que os ha referido la inteligente escritora, que en este libro os regala tan encantadoras páginas?... Pues bien, yo además quiero deciros hoy que el dolor ha dejado marcada una huella profunda en el mundo de la imaginacion y de la fantasía: y sabed que el alma se engrandece siguiendo ese preciso surco de lágrimas.

Ahora apenas podeis comprender las tribulaciones de la vida. Pero mañana, jóvenes, cuando vuestra razon empiece á desenvolverse, cuando los pesares empiecen á turbar la paz de vuestra alma, buscad las obras imperecederas del génio, porque casi puede asegurarse que la historia del génio es la historia de los grandes sufrimientos humanos. Todos los ilustres propagadores de ideas generosas y humanitarias, los filósofos mas profundos, los mas eminentes pensadores han sufrido martirios y persecuciones, y los que nos han legado sus ideas en inmortales libros escribieron sus elevados pensamientos con lágrimas amarguísimas. ¡Oh! ¡y qué simpático es el dolor! ¡Qué plácido sosiego dejan en nuestro corazon esos libros sublimes escritos por grandes almas avezadas á la resignacion y al padecimiento! Nuestra rica literatura tiene en este género modelos acabadísimos. ¡Qué unción y qué grandeza en la palabra de Fray Luis de Leon! ¡Qué dulzura y qué consuelo y qué fé tan ardiente en Santa Teresa de Jesus! ¡Qué elevacion en San Juan de la Cruz! Yo os aconsejo que vigoriceis vuestro espíritu en esos preciosos libros el día que vuestra debilidad os incline á la liviandad y la torpeza. Y cuando alzando vuestra alma á altas consideraciones penseis en los males que aquejan á la Sociedad humana, buscad una historia novelesca que con la máscara del *ridículo* nos presenta

un *Hidalgo Caballero*, un alma heroica y generosa donde se mira la ilusion perenne de la virtud luchando con el prosaismo de la verdad real, con la miseria de la vida, con los desengaños del mundo. En este inmortal poema el *Príncipe de nuestros Ingenios* revela la amargura que inunda su corazon, á pesar de la grata jovialidad con que aparece ofrecernos la mas esplendente joya de nuestra bella literatura. Tiernas elegías han tenido nuestros poetas para llorar los males de la patria y las desventuras de la Sociedad y de las familias; y han sabido conmover profundamente desde la escena y arrancar de lo hondo del corazon abundantes lágrimas de pasion y enternecimiento. Y debemos decirlo, en todos nuestros poetas resalta esa dulce melancolía que inspira el sentimiento cristiano.

Si, queridos jóvenes, ya os he dicho que nuestra Religion excelsa es la única que ha santificado el dolor y le ha rendido culto. En los dias de severidad y de luto nuestra Iglesia hace resonar en sus bóvedas los tristes acantos del arpa de David y con una sublime amargura repite los divinos quejidos del profeta de las Lamentaciones. Antes de concluir, he aqui la ocasion de aconsejaros que no aparteis jamás vuestra mirada de las santas páginas de la Biblia. Este Código de nuestra Religion sacrosanta tiene palabras para consolar todas nuestras aflicciones, dulces consejos para apartarnos de la prevaricacion y del pecado, perfectos modelos con que regular nuestra vida, y consoladoras y gratas promesas con que alentar nuestras esperanzas.

Otro día lo consagraré á hablaros de este divino Libro que, como escrito por el dedo de Dios, tiene en sí marcado el sello de su dignidad y de su grandeza.

Y vosotras, *virtuosas lectoras*, para ser esposas perfectas mañana, para ser madres amorosas y buenas, aprended en esa divina enseñanza. A la hermosa compañera con quien dividido las zozobras y rápidas horas de bienestar de mi existencia, á mi candorosa Matilde la inclino á educarse siempre en el bello tipo de la *Muger fuerte* de la Biblia.

Cuando se pasa la vida alejado del tumulto de las grandes poblaciones, en nuestras playas tranquilas y solitarias al armonioso compás de las azules hondas, en estas plácidas noches, iluminados por la mirada pálida de la luna confundida con la de una criatura angelical é inocente... ¡ah! entonces la voz de Salomon y de Jeremías cae sobre nuestra alma como gota de rocío desprendida del Cielo.

Antonio GONZALEZ GARBIN.

LA AMAPOLA, LA VIOLETA Y LA NIÑA.

FÁBULA.

El sol en Occidente
Oculto ya su disco presuroso,
Y la luna su faz encantadora,
Ostenta tristemente
Sobre el azul del cielo,
Que ceniciento dora,
El último fulgor del astro hermoso;
Ya se adormece el suelo,
Ya su plácido nido busca el ave,
Y solo canta el cefirillo suave.

Descuella una amapola,
Sobre un campo de flores tapizado,
Y eleva ufana entre la verde grama
Su encendida corola:
Cimbrea su ramaje,
Y altiva se proclama
Cual reina hermosa del ameno prado;
Examina el paisaje,
Y ufana con su espléndida hermosura
Se juzga sin rival en la llanura.

Violeta ruborosa,
No lejos en la yerba se escondía,
Su modesta corola perfumada
Cerrando pudorosa
Al cefirillo leve
Que roba su ambrosía,
Y perfuma con ella la enramada.
Tímida no se atreve
A competir en gracia con las flores
Que ostentan los mas vívidos colores.

—Eres violeta esquiua
Esclamó la amapola con sarcasmo

Mas justa es tu esquivéz! No te dió el cielo
Mi belleza atractiva,
Mi color esplendente,
Y vives sin consuelo
Sin despertar del ave el entusiasmo.
Mas consejo prudente
Te daré: el que se oculta entre la sombra
Jamás al mundo con su gloria asombra.

Las mariposas bellas,
Antes abatan hasta tí sus alas,
En mi cáliz se posan anhelantes,
Y sus dulces querellas
Henchidas de ternura,
Me repiten amantes.
—Incauta flor, perfumes tú no exhalas,
Y la sola hermosura
Puede osada atraer, mas no sujeta,
Respondió con dulzura la violeta.

Una niña, gozosa,
Iba hollando las bellas florecillas
Que tapizan la alfombra de esmeraldas;
Su mirada afanosa
Fija en la flor brillante,
Y atrás deja las gualdas,
Las risueñas y blancas campanillas,
Por cogerla anhelante.
Pero al ver sin perfume tal belleza,
Lejos de sí la arroja con presteza!

Percibe dulce aroma
Que esparce en torno lisongero el viento,
Y divisa una flor que humildemente
Entre la yerba asoma.
Al ver su donosura,
Sobre su pecho ardiente
La pone con afán. Solo un momento
Deslumbra la hermosura;
Aunque ocultarse la virtud presume,
La revela al instante su perfume!

Angela GRASSI.

LEYENDAS

Y TRADICIONES MADRILEÑAS.

(CONTINUACION.)

IV.

Altos juicios de Dios.

En uno de los últimos años del siglo XVI se

agolpaban cierta mañana multitud de curiosos á la puerta de una modesta casa de la calle de la Cruz ¹; mas ninguno osaba traspasar el umbral, como poseidos de temor. Repentinamente se arremolinaron con respeto á uno y otro lado, y dejaron franco paso á un alcalde de los de casa y córte, que empuñado su larga vara, y seguido de un escribano, un médico y gran número de corchetes, penetró en la casa que acababa de ser teatro de un doble crimen. El anciano y virtuoso sacerdote que en ella moraba habia sido pocos momentos antes robado é inhumanamente degollado, en su propio lecho, por un jóven su criado, y al que sirviera de padre. El malvado homicida habia desaparecido, y la justicia llegó tan solo á averiguar encontrara un refugio en el vecino reino de Portugal. Fué, pues, condenado en rebeldía á la pena de horca, con la circunstancia de que su cabeza quedase, para perpétuo escarmiento, espuesta en la casa que habia manchado con la sangre de su bienhechor.

Después del trascurso de largos años, se habia completamente olvidado la alevosa muerte del sacerdote de la calle de la Cruz, y nadie se habia vuelto á ocupar de la suerte del vil asesino. Cierta mañana, por entre los sucios cajones del *Rastro*, único paraje donde á la sazón se despachaba la carne, se paseaba un personaje de edad madura, vestido á la usanza de los caballeros, mas su vulgar ademan y risible afectación mostraban á tiro de ballesta no era sino un hombre grosero, que debía á riqueza improvisada figurar en una posición á que no podian llamarle su oscuro linage y torpísima crianza. Cediendo á un extraño capricho repentino, ó más bien al impulso de la mano de Dios, fué por sí mismo á comprar una cabeza de carnero, por la que dió tres cuartos, y envolviéndola en su lienzo, tomó el camino de su vivienda, pero dejando tras sí un rastro de sangre de la que destilaba la cabeza recién cortada. Los alguaciles encargados del orden del mercado, creyendo herido á aquel hombre, se le acercaron preguntándole la causa de

aquella sangre, y él contestó sencillamente mostrándoles la cabeza... mas con inaudito asombro vieron todos los circunstantes, en vez de la de carnero que el incógnito acababa de comprar, la misma de su antiguo amo el asesinado sacerdote. Profundamente conmovido el homicida, se arrodilló demandando al Cielo perdon, confesando en alta voz su odioso crimen, y entregándose voluntariamente á los ministros de justicia. No se demoró la expiación exigida por el Cielo con tan señalado portento, pues pasados pocos dias vióse al reo marchar al cadalso dando muestras del mas humilde arrepentimiento, y repitiendo con fervor las palabras del pregonero, que gritaba la sentencia: «Quien tal hizo, que tal pague.» «Son altos juicios de Dios.» La prodigiosa cabeza, en rica batea de plata, precedia la fúnebre comitiva del condenado, y apenas lanzara este su último suspiro, por un nuevo milagro, cambió la apariencia de forma humana por la primera que tenia de cabeza de carnero.

Los vecinos de la calle de la Cruz suplicaron y obtuvieron de Felipe II, que á la sazón reinaba, que en vez de colocarse la misma cabeza del culpable en la casa donde fué el asesinato, se fabricase en piedra con el mismo objeto una, representación de la del sacerdote, la que permaneció desde entonces á la vista de los madrileños, como recuerdo del terrible prodigio con que una vez mas se ostentaron á los hombres los altos juicios de Dios ².

V.

El Caballero de Gracia.

Entre los mil nobles, ricos, disipados y aturdidos, que formaban la ostentosa corte del tercer Felipe, ninguno era tan galan, tan valiente y libertino como cierto caballero del hábito de Cristo, recién venido de Módena, que

² En esta casa, denominada desde entonces *de la Cabeza*, se edificó una capilla á la Virgen del Cármen, donde habia un cuadro que representaba el milagro. La capilla, el cuadro y la cabeza de piedra del sacerdote desaparecieron hace pocos años con la reedificación de la casa.

¹ Es la señalada con el número 3.

tenia por nombre *Jacobo de Gratis*. Sus duelos y sus amores no tenian cuento. Los mas valientes hidalgos castellanos, aquellos que conquistan alto renombre en las porfiadas guerras de Flandes y de Italia, temian el encuentro de su espada, no menos que el de sus ojos la mas inocente doncella, la casta matrona y aun la devota esposa de Cristo, pues todas solian servir de trofeo al orgullo del gallardo caballero. Sin embargo, llegó un dia en que las fáciles victorias que diariamente le ofrecian las bellisimas cuanto ligeras hijas de Madrid le causaron hastío, y su gastado corazon ansió sentir las dulces emociones de un amor puro y legitimo; mas Dios castigó á Jacobo negándole tal consuelo. Dejose arrastrar de nuevo por el torrente del escándalo y del vicio, y el catálogo de sus homicidios y de sus seducciones se duplicó en pocos meses. Pudiera, pues, repetir el modenés las palabras de D. Juan Tenorio.

Por donde quiera que fui
la razon atropellé,
la virtud escarneí,
á la justicia burlé
y á las mujeres vendí;
y en todas partes dejé
memoria eterna de mí.

Por entonces llegó á Madrid la jóven esposa de cierto infanzon aragonés, ocupado á la sazón en una mision diplomática. La belleza del cuerpo y la del alma resplandecian á la vez en doña Leonor Garcés, que nacida en Teruel, en la ciudad de los amantes, y educada en las mas severas máximas de moral amaba á su esposo con la firme constancia de su país, y no concebía pudiera interesarle jamás ningun otro hombre. Jacobo de Gratis fijó en ella su mirada, mas quedó estrañamente sorprendido al verse desairado; él, que era tenido por la delicia de las damas de la córte, por el terror de los esposos y de los padres; él, que no encontrara mujer que supiera resistir á su seducción, ¡ser despreciado por una niña de provincia! Entonces su furioso despecho le aconsejó un nuevo crimen que nunca habia imaginado. Com-

pró con su oro la fidelidad de una de las camareras de doña Leonor, que consintió en darle cierto narcótico que la entregara inerme al malvado galan. Cierta noche que creia alcanzar su infame victoria se dirigió á la casa de doña Leonor, muy cercana á la Red de San Luis y á la entonces nueva calle *de la hermosa Montera*. Tocada ya el libertino los umbrales de la virtuosa dama, cuando una voz que le pareció venir del Cielo le detuvo en su mal propósito, diciéndole: «¿Dónde vas? Tu alma está ya reprobada. De aquí tres dias ocuparás un lugar en el infierno!» Sobrecogido de espanto, erizado el cabello... y abiertos sus ojos á la luz de la virtud, retiróse Jacobo pidiendo á Dios perdon de su mala vida. Ordenóse de sacerdote, adquirió aquella casa en que recibiera el misterioso aviso que de la perdicion eterna le salvara, y la convirtió en oratorio público. Ocupado en ásperas penitencias, y en la práctica de las virtudes, murió en opinion de santidad á la avanzada edad de ciento dos años, en el de 1619, en la calle que de su nombre se llamó del *Caballero de Gracia*.

N. C. DE CAUNEDO.

EL NARDÓ.

BALADA.

I.

Una noche de verano, estaban cuatro niñas de unos 15 años de edad, alegres y donosas, jugando en los jardines de una pintoresca alquería que se levanta á orillas del lago de Como, cuando llegándose un batelero las invitó á dar un paseo por él, ofreciendo llevarlas, por unos sueldos, á la *isla mágica*, en donde nacen sin cultivo nardos olorosos y de exmalte precioso.

Erminia, que era la mayor de las cuatro niñas, dijo:

—No es prudente que abandonemos la casa de nuestros padres sin su consentimiento.

—Si no lo han de saber, le objetó Luisa,

que era la menor pero la mas traviesa: el islote está muy cerca, se le divisa desde aqui, antes de una hora estamos de vuelta.

—Dice V. muy bien, añadió el batelero que trataba de embarcarlas; ni se apercibirán de la ausencia.

—Si fuese asi, replicó Marta, que era la mas bella, no habiamos de desperdiciar la ocasion de ir á la *isla mágica*, pues tengo unos sueldos. He oido decir, continuó, que la niña de quince años que llega á cojer por su mano un nardo, casa presto y muy bien, siendo un principe por lo menos su marido.

—¡ Oh, que gusto!.. esclamaron todas.

—¡ Por eso no quiere mi tutor que vaya á la isla mágica! dijo Marta con sentimiento, y murmuró por lo bajo; ¡ pobre Arturo!

—Entonces la hemos de burlar, dijo Luisa; no hay que perder tiempo, escapémonos ahora que nadie nos vé y desembarcaremos cerca del bosque para no ser vistas, y si nos buscan y preguntan donde hemos estado diremos...

—Ya inventaremos algo, atajó Erminia.

—Convenido.

—A la barquilla.

—Sí, sí, pronto, — esclamaron á su vez las cuatro niñas, saltando ligeras en la débil nave; y entregando Marta el dinero que tenia al batelero, se internaron en el lago.

II.

La barquilla cortaba las aguas al solo esfuerzo de un remo, y el lago estaba en calma, rielando la luna en las rizadas olas que levantaba la ligera nave.

Llegaron á la isla, mas disputándose las cuatro niñas cual debía desembarcar primero para cojer el nardo.

—Yo creo, dijo el batelero que deberia ser esa niña, é indicaba á Marta, por cuanto estando bajo la tutela de una señora tan severa, no podrá llegar nunca á la isla mágica y no tendrá ocasion de probar su suerte.

—Tiene razon, dijeron todas, y se convino que fuera Marta. Las otras tres se quedaron en la nave contando con la indulgencia de sus padres para volver otro dia á la isla.

III.

Desembarcó Marta con el corazon enchido de esperanza para cojer el nardo que habia de darle la felicidad, y corrió por el perfumado vergel, buscando la flor que cautivase su mirada. Todos le parecian bellos; pero con todo le llamó la atencion un nardo que triste y solitario se mecía perezoso al soplo de la dulce brisa que allí reinaba. Estaba algo distante de las otras flores, é inmediato á unas peñas, entre las cuales se ocultaba un hombre, el cual al ver que Marta cojia la flor solitaria, la dijo saliendo.

IV.

—Tuyo es mi condado, encantadora niña, y desde ahora te ofrezco la mano de mi hijo, que es...

—¡ Arturo! exclamó Marta en un arrebató de alegría.

—Sí, es Arturo, que disfrazado de batelero os ha

invitado ha dar un paseo por el lago; que enamorado de tí, y fiando en Dios, ha querido probar su suerte, jurándote eterno amor si cogias ese nardo que está en tu mano y que habia aislado. De tu voluntad depende su suerte.



Un paseo por el lago.

Bajó Marta la cabeza sin atreverse á contestar, mas comprendiendo el Conde su rubor y silencio, la tomó de la mano, y embarcándose la pidió á sus tutores. y la desposó al poco tiempo con Arturo.

V.

Esta aventura dió robustez al encanto de la isla de los nardos, y no pocas jóvenes llegaron ansiosas de suerte, probándoles esta con un desengaño, que no es para los que la buscan; que la suerte está *en la virtud y en el trabajo*.

Faustino BASTUS.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

—Es feliz el hombre que se cree serlo: no aquel á quien los demás tienen por tal. La verdadera felicidad no existe en la tierra.

—El hipócrita, cuando llega á ser conocido, es despreciado de los buenos y de los malos: es una especie de hermafrodita despreciado de ambos sexos.

—El Sábio cierra los oídos á la calumnia como Ulises al canto de las Sirenas.

—La distraccion continúa es una de las cosas que mas desagradan en Sociedad, pues que prueban que las personas que nos hablan, no nos inspiran interés, ni nos es grata su presencia.

—La amistad no remunera ni admite recompensa.

(Fenelon).

—La muger humilde sin afectacion, modesta sin artificio, vestida segun su condicion y clase, inspira en todos respeto y veneracion á su virtud.

ANTIGUO PRESAGIO.

DERRAMARSE LA SAL EN LA MESA.

Lo mismo que ver la señal de un mal agüero: es con alusion á la preocupacion popular de que el derramarse la sal de los saleros en la mesa, era seguro vaticinio de alguna ó muchas desgracias.

Creian los griegos que sus mesas eran santificadas porque ponian en ellas los saleros y las pequeñas estatuas de sus divinidades.

Si no se hallaba el salero sobre la mesa al principiar la comida, ó si se dormian en la mesa despues de comer ó cenar, sin haber retirado antes el salero, este descuido era considerado como de mal agüero.

Los romanos tomaron de los griegos estos temores ridiculos. Festo dice que en Roma los saleros se colocaban en la mesa en el sitio en que se presentaba á los Dioses las primicias, y que tenian por lo comun la figura de alguna de sus divinidades.

A esto debemos, pues, atribuir la aprension en que estaban de que la divinidad que presidia á la mesa no se ofendia mientras no se derramase la sal de los saleros; accidente considerado por ellos como muy funesto, y cuya preocupacion no está del todo desterrada de algunos pueblos modernos.

Sin embargo, ya en tiempo de Cervantes y Quevedo se ridiculizaban estos agüeros en España. Dice el primero: «Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolia por el corazon, como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento,» etc.

Y Quevedo: «Si se te derrama el salero y no eres Mendoza, véngate del agüero y cómete en los manjares. Y si lo eres, levántate sin comer y ayuna el agüero como si fuera santo, que por eso se cumple en ellos el agüero de la sal, pues siempre sucede desgracia, pues lo es no comer.»

A pesar de esta despreocupacion de las personas ilustradas, en el ceremonial que se ob-

servaba para el servicio de la mayor parte de las mesas de los príncipes y grandes, se prevenia que el maestresala, despues de tener preparados y colocados los magnificos saleros en su lugar respectivo, pusiera un poco de sal al borde de cada plato que sucesivamente se servia al Señor ó á sus comensales, con el doble objeto de poder echarla cada uno en la vianda, si habia necesidad de ello, y no tener que acudir todos al salero principal, evitando de esta manera el percance de derramarlo.—

V. Joaquin BASTUS.

ENIGMA HISTÓRICO.

FELIPE IV.

Explicacion.

Felipe IV, Rey de España, hijo de Felipe III y de Margarita de Austria, sucedió á su padre en 1621. En este mismo año se renovó la guerra con Holanda, y despues de muchos contratiempos y reveses se declaró esta independiente. En 1635 se promovió una larga guerra entre España y Francia, perdiendo la primera el Artois; el Principado de Cataluña, que levantándose se entregó á los franceses, y el Portugal, que pertenecia á España mas de sesenta años; y por medio de una conspiracion, sin lucha, se asentó en el trono Juan de Braganza, el año 1640.

Por fin la paz de los Pirineos puso término á la guerra con Francia, costando todavía á Felipe el Rosellon y sus derechos sobre la Alsácia. A pesar de todas estas cuantiosas pérdidas, soportadas por el Rey con la mayor indiferencia, sus aduladores le quisieron dar el título de *Grande*, y entonces fué cuando apareció esta inscripcion, acompañada de un dibujo que representaba una zanja ó fosa: *Cuanto más se le quita, más grande es.*

El Duque de Olivares, su Ministro, gobernaba en su nombre, y tuvo la culpa de las cala-

midades que afligieron la nacion. Felipe IV fué suegro de Luis IV.

Felipe IV pertenecia á la dinastía austriaca, que comienza en Cárlos V—1516—y que termina con Cárlos II †1700.

Cárlos V.

1500—1516—1519—1556—1558.

Isabel de Portugal.

I

Felipe III † 1598.

María de Portugal.—María de Inglaterra.

Isabel de Francia.—Ana de Austria.

I

Felipe III † 1621.

Margarita de Austria.

I

Ana de Austria,

esp. de Luis XIII.

I

Felipe IV † 1665.

Isabel de Francia.—María de Austria.

I

Cárlos II † 1700.

Luisa de Orleans.

María de Neubourg.

María Teresa,
esp. de Luis XIV.

CUADRO ICONOLOGICO.

Una diadema augusta ciñe las sienas de una jóven; con una mano lanza el rayo y con la otra siembra flores. Los cabellos, abandonados al viento, flotan sobre sus espaldas en ondas caprichosas y suaves; su trage, que no sujeta ninguna ligadura y que la cubre sin embarazo, es de diversos colores hermosos y brillantes, como los de Febo, cuando rasgando las nubes ostenta sus rayos. Una multitud de *génios* revolotean á su alrededor, como satélites: uno lleva con orgullo un *coturno* precioso, y otro se lo calza riendo; aquel toca con fuerza la trompa de la fama, y este tañe dulcemente la flauta pastoril.

(La explicacion en el número inmediato.)

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTUS.

Editor responsable: D. Marcelino Martínez.

MADRID: 1861.

IMPRESA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS,
Turco, 11.